

Breve Charla Sobre Bibliotecas Populares

Trasmítida por la Estación Radioemisora C M C Y de Auutrán, en el Vedado, La Habana, en la "Hora Cubana de Cultura Popular"

por OTHON GARCIA DE CATURLA

El tema está cobrando actualidad entre nosotros. A menudo se viene tratando con mayor o menor extensión desde las páginas de los periódicos y revistas, y también a través del espacio. Ahora incidiremos nosotros sobre él brevemente, para llamar la atención de ustedes sobre algunos de sus aspectos. Primero hemos de decir que una biblioteca popular es un lugar donde se hallan libros a disposición de todo el pueblo, según la clarísima y sencilla frase del doctor Mac Lenagan, bibliotecario de Milwaukee, Wisconsin. De ella se desprende su carácter de universalidad, de totalidad, de instrumento utilizable por toda la colectividad en su provecho. Porque en la biblioteca popular se han de encontrar todos los elementos de instrucción y superación que son esenciales y primarios para la educación del pueblo: de allí su gran importancia. Y hemos de decir una vez más que en Cuba estamos aún en pañales en cuanto a la existencia y funcionamiento de bibliotecas populares se refiere. Por eso está naciendo y desarrollándose fecundamente esta noble y desinteresada campaña que se ha emprendido de un tiempo a esta parte, por dotar a nuestro pueblo de estas bibliotecas que su estado analfabeto viene reclamando e incorporando a las costumbres e íntimas necesidades de las masas, el fructífero hábito de la lectura.

Los esfuerzos se hacen algunas veces aislados; otras se juntan y su fusión produce asociaciones que aspiran a trabajar en esa empresa, pero hay que confrontar una realidad muy dura, y tratar de dominar su dureza. Y esta realidad anonadante consiste sencillamente en la falta de medios materiales de ejecución de los planes más belamente trazados. Porque las rarezas excepcionales en casos de verdadero sacrificio, son contadas, como excepciones al fin.

Leyendo el admirable libro de Ernest Nelson, sobre las bibliotecas en los Estados Unidos, hemos encontrado un párrafo de indudable valor y que vamos a reproducir a continuación, por el utilísimo ejemplo que representa: «La munificencia personal de los grandes millonarios norteamericanos es proverbial. En una lista compuesta por Fletcher y que sirve de apéndice a su libro sobre las bibliotecas públicas en los Estados Unidos, se citan casos extraordinarios. En Chicago, Walter N. Newberry, donó dos millones de dólares y John Crerar, tres millones. En Baltimore, John Peabody donó \$1.400.000 y Enoch Pratt \$1.225.000. En esta última ciudad, las fundaciones Astor, Tilden y Lenox, una vez refundidas, han formado el crecido fondo de diez millones de dólares. Pero a todos supera el gran filántropo escocés Andrew Carnegie, que lleva ya regaladas de dos mil bibliotecas públicas alcanzando el fabuloso costo de \$60.364.808». La causa de la cultura pública en Cuba está aún esperando que sus hombres adinerados se dispongan a imitar a esos filántropos yankees que se han mencionado; el Carnegie de la cultura cubana no ha nacido todavía. Ese libro de Nelson encierra enseñanzas valiosísimas; en él puede apreciarse de modo indubitable, con la certeza que dan las estadísticas más escrupulosas, el incomparable progreso de la educación pública en el pueblo norteamericano, y especialmente el auge tan notable insuperado que ha alcanzado la biblioteca popular en los Estados Unidos. Nosotros, los cubanos, que nos ufanamos vanidosamente de cuanto poseemos y de lo que valemos, sin que tengamos la mayor parte de las veces hechos reales y ciertos en qué basarnos para tales afirmaciones de superioridad, y que por el contrario somos tan dados a censurar y a criticar otros países, sin conocerlos de-

u

2

bemos tomar ejemplo de lo que se ha hecho y se está haciendo en los Estados Unidos en materia de bibliotecas. Y sépase que no solamente son los millonarios filántropos los que se preocupan por fundar y mantener múltiples bibliotecas populares al servicio de la comunidad, sino que el propio Estado federal, los Estados que integran la Unión, las municipalidades hasta las asociaciones más pequeñas y al parecer insignificantes, todos vienen trabajando de consumo en la gran tarea, llegándose a extremos desconocidos del todo entre nosotros. ¿Quién ha pensado en Cuba, que puede y debe establecerse un impuesto especial para que su producto íntegro se utilice únicamente en fundar y mantener bibliotecas populares? Eso no se conoce aquí El Estado cubano cree

cumplir su misión educativa sosteniendo abiertas al público solamente dos bibliotecas, la Nacional y la de Matanzas. Compárese esta pobreza bibliotecaria estatal con el florecimiento bibliotecario de otros países vecinos. Tomemos el ejemplo de México: del Departamento de Bibliotecas de su Secretaría de Educación Pública dependen cuarenta y cuatro bibliotecas públicas, que se descomponen de este modo: 32 bibliotecas fijas, una Hemeroteca central, 5 bibliotecas semi-fijas y 6 bibliotecas ambulantes. Y no hace aún un mes, el 23 de Septiembre ppdo. se inauguró por el Gobierno en el ex-templo de Santa Clara la Ciudad de México, una magnífica biblioteca pública, que se considera por muchos, como la mejor de la Capital azteca. Y los Municipios cubanos, por excepción, han fundado y mantienen una biblioteca popular. Entre esos pocos casos excepcionales, queremos citar especialmente a Biblioteca Pública Municipal de La Habana, que viene funcionando con regularidad en Neptuno número 225, por la tarde y por la noche, y que cada día ve aumentar el número de sus lectores.

La iniciativa particular cunde por todos lados; unas veces se manifiesta en Bejucal, de donde he recibido una cordialísima carta de los organizadores de la Biblioteca Pública «Mesa Rodríguez», iniciada bajo los auspicios de la Logia Feliz Varela número 1; otras llega el mensaje desde Victoria de las Tunas, lejano pueblo oriental, cuya sociedad «Unión Fraternal», se propone crear una biblioteca social; aquí en la misma Habana, cerca de nosotros, la Logia «Mártires de la Libertad», trabaja con ahínco a fin de abrir al público su biblioteca antes de que termine el año en curso; pero esta iniciativa privada es muy poco lo que puede hacer, pues contando con exigüos recursos económicos la labor de siembra y regadío intelectual recoge

a muy largo plazo su fruto. Eso no quiere decir que yo sea opuesto a esta iniciativa particular, en modo alguno, pues ella logró fundar y mantiene funcionando la Biblioteca Pública «José Martí» de Remedios y algunas más de que tengo noticias; lo que sí recabo para estas labores privadas de servicio público, es la ayuda y la atención oficial, que deben acudir en socorro de ellas, tanto para multiplicar su posible esfuerzo e intensificar la penetración de la ilustración en las masas ignorantes y ávidas de conocimiento, como para que sirvan de elocuentes estímulo a los reacios e indiferentes. ¿No es poco consolador saber que en el Presupuesto anual de la Secretaría de Educación, que se eleva a la respetable suma de \$10.700.000, únicamente hay consignación para dos Bibliotecas, la Nacional y la de Matanzas, como ya dije antes, consignación que asciende solamente a \$21.000? Este crédito presupuestal tan reducido, se descompone en la siguiente forma: Biblioteca Nacional, \$14.360 para personal y \$3.390 para material y gastos diversos, de los que se dedican para adquisición de libros solamente \$2.000—\$166.66 mensuales—y para encuadernaciones \$520.00—\$43.33 mensuales—; y Biblioteca de Matanzas, \$2.550 para personal y \$700.00 para material y gastos diversos, consignándose \$250.00 para adquisición de libros y otros \$250.00 para encuadernaciones. Estas cifras antes apuntadas, elocuentes por sí solas, bastan para demostrar con la fría claridad de los números, el estado en que se encuentra la cultura y su difusión en Cuba. En vez de \$21.000 debían consignarse en ese Presupuesto como mínimo, doscientos mil; entonces la Biblioteca Nacional podría elevarse al alto nivel que su pomposo y responsable título de Nacional le impone, haciéndose la verdadera primera institución de esa índole en Cuba verdadera central bibliotecaria que adquiriese libros en cantidad, que pudiese encuadernarlos debidamente, que terminase su catálogo, en fin, que fuese una verdadera Biblioteca que pudiese enseñarse sin rubor a cualquier extranjero que mostrarse interés por visitarla: entonces podrían crearse todos los años multitud de bibliotecas populares diseminadas en toda la República, y auxiliar las demás de modo beneficioso y equitativo. A su vez los Municipios no deben quedarse a la zaga del Estado en esta empresa educativa, pues a ellos como representación genuina de la sociedad local, les viene impuesto el ser los más interesados en la creación, conservación y funcionamiento de ese servicio público—aunque hasta la fecha no hayan demostrado tal interés; yo



W 3

creo que por ahora, sin necesidad de establecerse un impuesto especial para dedicar su producto a las bibliotecas populares, los Municipios podrían extraer normalmente de su Presupuesto anual una cantidad, aunque fuese pequeña, para dedicarla a tal fin.

Pero como paso previo a todo eso, hay que hacer llegar a la mente colectiva y especialmente a la de los representativos del pueblo, la necesidad entrañable de que esta empresa se realice. Para que no se crea equivocadamente que es un capricho estéril pose o vanidad de algunos cuantos a los que les ha dado la manía por eso de la creación de las bibliotecas populares. Es necesario hacerles ver a todos la escueta y magra realidad cultural de la nación; que estamos viviendo en un país que soporta una cifra elevada de analfabetismo, según recientes declaraciones oficiales; que el que aprende a leer y escribir después de penosas

faenas, se encuentra con que no tiene bibliotecas a su alcance en donde leer, a fin de poner en ejecución y práctica esa facultad tan preciosa que ha adquirido; que todo cuanto se diga declamatoriamente de la gran cultura que existe en el país, es un cuerpo más o menos bonito y adornado, que las estadísticas con su frialdad imperturbable se encargan de destruir en seguida; que uno de los medios más eficaces hoy en día de neutralizar y aniquilar la incultura colectiva, es la difusión de las bibliotecas públicas, llamadas con justicia, las verdaderas Universidades Populares, y que nunca será mucho el dinero—del Estado—que se gaste en su fundación y mantenimiento que al fin y al cabo ese dinero del pueblo debe volver al pueblo convertido en libros, instrumentos de saber y elementos de superación que constituyan las vías más anchas y expeditas de su liberación y elevación moral.

El Mundo 27/36.



MONUMENTO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA NACIÓN